
“No veo entre los que me rodean sino gente que quiere enseñar a sus contemporáneos, con sus palabras y con su ejemplo, que lo útil no es jamás indecoroso. ¿Será posible que yo no descubra a nadie que pretenda hacer ver de qué modo lo honesto puede ser útil?”

(Alexis de Tocqueville. “La Democracia en América”)

Hemos empezado el año con gran profusión de declaraciones políticas: panegíricos a ultranza de la gestión del Gobierno el año 70 realizados por representantes cualificados de su partido; declaraciones a raíz de la división del PCV; golpes de pecho en público y un paso al frente de las promesas de los partidos de oposición en busca de colocación estratégica para el 73; regodeo frustrado de algunos hombres claves del expartido en el poder ante los apuros del Gobierno frente a los secuestradores, y las siempre moralizantes palabras de Fedecámaras. Los políticos no han desperdiciado ocasión para hablar de acuerdo a su papel previamente ensayado. No lo han hecho mal. Pero el público no aplaude; no se levanta de sus asientos amodorrados en un grito de júbilo y de admiración. Dormita y sonríe. Sonrisa entre amarga y resignada que nos habla del vacío en que caen las palabras de los políticos.

Sin duda, es un hecho en Venezuela la depreciación creciente de la palabra de los políticos. Cada vez se cree menos en ella. Las excepciones se ven infravaloradas por el contagio de la desconfianza. Para el caso es lo mismo que el político sea de derechas, de izquierdas o de centro. Ha habido inflación de la palabra política; desbordamiento de promesas. Y la inflación lleva a la devaluación.

A quienes creemos en la conveniencia de la dialéctica democrática entre representantes y representados —que lleve a hacer de las necesidades reales el aguijón que estimule la búsqueda audaz de soluciones concretas— nos alarma este monólogo de los políticos que obliga al público a hacer de la necesidad sonrisa.

Somos conscientes de que la comunicación política bilateral en el sistema parlamentario no es fácil. Sin embargo, es condición indispensable de sobrevivencia. Hay que recuperar el lenguaje político.

SENTIDO DEL LENGUAJE

Originariamente el lenguaje es un intento de comunicación entre personas o grupos de personas. Esta comunicación implica ruptura del cerco del yo en un esfuerzo de automanifestación y apertura del cerco del otro para tratar de hacer de nuestra autoexpresión algo significativo para su vida. Pero para que la comunicación social pueda considerarse como tal debe ser recíproca; es decir, que la corriente comunicativa fluya en ambas direcciones e implique modificación mutua.

Esto exige del que habla una actitud receptiva que escucha y capta la situación del interlocutor y permite que el mensaje propio sea modificado por él. Toda comunicación unilateral, si va respaldada por posiciones de poder, pierde el carácter de tal para convertirse en manipulación.

Por otra parte, es necesario que la palabra vaya respaldada por la vida. Cuando la palabra pierde este apoyo de los hechos deja de ser expresión personal. Detrás del sonido permanece opacada la persona que habla y en frente un hombre engañado o desengañado.

POLITICA Y DEPRECIACION DE LA PALABRA

Esta doble característica es traicionada con frecuencia por el lenguaje político, dando paso así al silencio de los pueblos que claman contra la charlatanería de los políticos

Devaluación del

profesionales. Pero es muy peligroso reducir la limitación y distorsión del lenguaje político a meras deficiencias personales. Se debe analizar cuáles son las tentaciones específicas del sistema de democracia parlamentaria que ponen al político en el plano inclinado de la alienación del lenguaje.

REALIDAD Y PROMESA

Todo partido político, por su aspiración a mejorar la situación nacional, tiene que estar poseído de cierto aliento utópico que, frente a la situación problemática presente, ofrezca la solución de las necesidades inmediatas y la satisfacción de las grandes esperanzas. Por eso la promesa es un elemento necesario a todo partido político y, naturalmente, en toda promesa se abre la brecha entre la realidad ofrecida y lo que de hecho se va a lograr. Esta brecha lleva en sí el germen de frustración, que fructifica cuando los políticos renuncian a todo intento de superarla.

DIALECTICA DE LA INOBJETIVIDAD

Pero el hecho de que varios partidos se disputen el apoyo popular impulsa a una carrera desmedida de ofertas para lograr el favor de los clientes en las urnas. Esta pugna no solamente lleva a realzar las promesas propias, sino también a rebajar y falsear los méritos y programas de los partidos contendores con peligro de convertirse en auténtica escuela de anticivismo.

Lo que es un riesgo estructural del sistema mismo de partidos se desata en una absoluta falta de objetividad en los juicios mutuos cuando el afán de lucro político ahoga la ética política. En nuestro tiempo los métodos de Maquiavelo (“un príncipe que quiere hacer cosas resplandecientes se pone en la necesidad de aprender a engañar”) triunfan a la corta, pero son suicidas porque a largo plazo ponen en peligro el sistema mismo. El pueblo acostumbrado al juego de promesas y frustraciones y a la rebatiña partidista llega a concebir la política como la gran mentira. Este desengaño es peligroso tanto para los políticos como para el mismo pueblo.

LENGUAJE POLITICO Y SILENCIO

El lenguaje político exige largos espacios de silencio y de escucha de la realidad para llegar a captar las necesidades de la población; mejor dicho, la gran necesidad de cada momento histórico que sin duda en este momento es la democracia económico-social.

Después se requiere un mensaje capaz de entusiasmar por su respuesta a esas necesidades y que tenga el respaldo de la sinceridad y capacidad del político y que lleva a movilizar las energías humanas de todo un pueblo. En el encuentro de la necesidad sentida de los pueblos con el mensaje político de sus líderes salta la chispa de los grandes cambios históricos. Como dice Hegel, “los grandes hombres en la historia son aquellos cuyas metas particulares contienen lo substancial que es la voluntad del espíritu del mundo”. Más abajo añade: “Son grandes hombres porque quisieron y llevaron a cabo algo grande, pero no imaginado o supuesto, sino verdaderamente necesario.” (Cfr. Hegel, G. W. F. Philosophie der Geschichte. Stuttgart. Philipp Reclam Jun. 1961, págs. 75, 76 y 77.)

lenguaje político

Luis Ugalde, S.J.

Al pueblo, al hombre de la calle, hay que oírlo permanentemente. No basta con que el Parlamento pueda reclamar al Ejecutivo o éste denunciar a aquél, sino que es fundamental que el pueblo sea oído por sus representantes. Y para esto probablemente lo primero que se requiere es que los políticos callen más y escuchen más. Sin duda, esta escucha exige a menudo del político el arriesgar la propia posición si quiere responder con verdad.

Como dice muy bien el agudo sociólogo crítico Mills, "en esencia, la democracia implica que los individuos vitalmente afectados por una decisión tomada por hombres tienen voz efectiva en dicha decisión. Esto, a su vez, significa que todo poder de tomar tales decisiones sea públicamente legitimado y que quienes las adopten respondan públicamente de ellas." (Mills, C. Wright, "La Imaginación Sociológica", México, Fondo de Cultura Económica, 1964, pág. 199.)

LENGUAJE Y MANIPULACION

Vivimos en un tiempo en que el estudio científico del uso de la palabra se ha convertido en instrumento para manejar, para imponer elegantemente al interlocutor los puntos de vista propios. Esta tarea la enseñan sistemáticamente las universidades en estudios de Relaciones Industriales, Relaciones Públicas, Promoción de Ventas, etc. Vivimos en un siglo en el que el lenguaje, más que medio de comunicación (que implica escuchar y expresarse), se ha desarrollado como medio de dominación. Por eso los estudios electorales, así como los estudios de promoción de ventas de jabón, llevan a analizar primero la necesidad sentida del público no precisamente para tratar de ajustar a ella los proyectos del partido, sino para estudiar después la manera de persuadir que la mejor manera de satisfacer esas necesidades es comprar mi jabón o darme el voto. La preocupación no se centra en que el jabón responda a lo que promete. Lo importante es que se venda.

Como hemos dicho ya, esto se agrava en política con la carrera desatada para desacreditar al contrario. Por eso el público ve cómo el arte de denigrar y poner la zancadilla es algo plenamente desarrollado en política. Se pierde la capacidad de sorpresa, de esa sorpresa agradable que siente el no político cuando encuentra que un hombre de oposición tiene el valor de reconocer sin reticencias una acción del gobierno o cuando éste no se ruboriza en confesar sus limitaciones y deficiencias.

Los políticos envueltos en el juego de esgrima verbal-electoral pierden de vista los problemas serios del país. Están urgidos por los votos. En rigor la oposición cree convenirle el fracaso del gobierno y hace lo posible por lograrlo y viceversa. Y esta dialéctica de mera obstaculización es suicida.

Con frecuencia a los gobiernos les interesa archivar las grandes promesas electorales porque no tienen ni valor ni interés en llevarlas a cabo, pues implicaría enfrentarse a los grandes intereses creados que casi siempre coinciden con los propios. Las promesas tendrían una función meramente electoral. Esta observación no ignora la existencia de dificultades objetivas que a veces frenan los programas.

LENGUAJE Y VIDA

La tragedia de muchos políticos hoy es que la maduración de nuestros problemas estructurales profundos les obligan a prometer lo que no pueden respaldar con su vida. Y el lenguaje, si no es vida y hechos, es mentira. Eso explica que no basta comprarse un traje nuevo de moda para despertar admiración y respaldo a una fuerza nueva. La gente se pregunta (y muchos también se responden) si los hombres concretos, su trayectoria y sus intereses ofrecen garantía de que esas palabras no sean manipulación, sino vida y pasión de hechos concretos. Es mentira todo cambio de lenguaje si no se puede o no se quiere cambiar de vida y hechos.

DINAMICA SUICIDA

Nos parece que los peligros de la democracia (la dictadura normalmente ya es mentira institucionalizada) están en que, en un momento dado, los políticos se pueden sentir impulsados a dejarse arrastrar por la dinámica de la mentira electoral: mentira al juzgar a los grupos contendientes, mentira al proclamar modestamente los grandes desvelos del propio partido por defender al país y mentira al prometer lo que no se quiere o se es incapaz de cumplir.

Se llega a cierta alienación del lenguaje (enajenación de su sentido propio) y a la utilización, en elegantes torneos verbales, de términos tan serios como revolución, pueblo, sinceridad, representación popular y democracia (gobierno del pueblo).

Tocqueville, en su libro "El Antiguo Régimen y la Revolución", dedica un capítulo lleno de aguda observación a estudiar "cómo, queriéndolo aliviar, se sublevó al pueblo". Allí presenta la situación previa a la Revolución Francesa, cuando todos los nobles, el alto clero y el mismo rey empezaron a hablar de la miseria del pueblo y la injusticia que se cometía con él. Lo hacían como cuando los adultos de la familia hablan de los problemas del niño de cinco años en su presencia, dando por supuesto que éste no entiende. Y de pronto el pueblo tomó en serio todo aquello. "Todo ello iba dirigido a la parte ilustrada de la nación para convencerla de la utilidad de ciertas medidas que repelían a sus intereses particulares. En cuanto al pueblo, se daba por supuesto que oía sin entender." (El Antiguo Régimen y la Revolución. Madrid. Ed. Guadarrama, pág. 235.)

RECUPERACION DE LOS HECHOS

El lenguaje político necesita ser revalorizado. Pero para recuperar el valor de la palabra hay que vitalizar los hechos que la respaldan, en concreto hay que renovar la praxis política. Este no es sólo nuestro problema. Democracias tan viejas y meritorias como la de E.E.U.U. están llegando a su punto más bajo de confianza debido a la mentira oficial sobre la guerra de Vietnam y las invasiones de Camboya y Laos.

Las dictaduras dominadoras no son susceptibles de curación, puesto que la mentira está en la raíz misma del sistema y se convierte en manipulación total al disponer de todos los medios de comunicación, persuasión y coacción física de los súbditos. El pluralismo social es elemento indispensable de desarrollo humano, pero siempre que ese pluralismo no esté orientado a la dominación del hombre por el hombre. Dentro de ese pluralismo los partidos políticos se orientan a ofrecer alternativas de acción política e incluso cambios de sistema socio-económico. Su valor crece en la medida que su lenguaje sea sincero, honrado y directo. Todo el país necesita de la labor pedagógica de los partidos y su responsabilidad es mayor porque, como dice Mills, "los hombres son libres para hacer la historia, pero unos hombres son mucho más libres que otros. Tal libertad requiere el acceso a los medios donde se toman decisiones y se ejerce el poder por el cual la historia puede hacerse ahora". (Op. cit. pág. 192.)